

IN MEMORIAM

LUIS INFANTE DE AMORÍN (1965-2024)

Luis Infante de Amorín, uno de los colaboradores más estrechos del Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, fallecía repentinamente el pasado mes de abril.

Reproducimos a continuación dos obituarios escritos por nuestro director. El primero para el periódico carlista *La Esperanza* y el segundo para el diario demócrata-cristiano *El Debate*. Ambos a solicitud de los respectivos medios. De algún modo se complementan, pues uno contempla la figura del amigo fallecido estrictamente desde dentro de la tradición católica, mientras que el otro añade una perspectiva desde fuera, desde el conservadurismo liberal.

Luis Infante de Amorín acaba de fallecer en Oviedo tras haber sufrido hace una semana un derrame cerebral masivo del que no ha podido recuperarse. Tenía cincuenta y ocho años. Es una pérdida enorme para la Comunión Tradicionalista, a la que –sin exageración– consagró su vida. Se trataba de una personalidad sin duda singular. Por el carácter contundente, que se trasladaba incluso a su voz campanuda, pero pronta a la carcajada. Por su peripecia vital, como caballero legionario, condición de la que siempre estuvo orgulloso, y como seminarista durante un tiempo de la Hermandad de San Pío X en Estados Unidos, donde probó la vocación sacerdotal, que evidentemente no tenía. Por su complexión intelectual, férrea y amplia, que le llevaba a hablar de todo, sin concesiones y con fundamento.

Descubrió adolescente aún la Comunión Tradicionalista y, con ella, el legitimismo que custodia la continuidad de la tradición española integral. La sirvió sin desmayo y con pasión. Inicialmente le marcó la figura de Jesús Evaristo Casariego, asturiano ejerciente como él, y tuvo relación estrecha con las personalidades más destacadas del carlismo contemporáneo, distinguiéndose en su admiración por el profesor Rafael Gamba. Fue durante la segunda mitad del decenio de los ochenta del siglo pasado uno de los colaboradores más cercanos de S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón, garantizando que la Comunión Tradicionalista siguiera a las órdenes de su Abanderado. Su intervención a finales de los años noventa fue decisiva para que el Señor, su Señor, decidiera crear una

Secretaría Política, encomendada a Rafael Gamba y de la que él y yo fuimos vicesecretarios. Quizá fuera uno de los últimos testigos veraces del carlismo de los decenios finales del siglo XX y este primer cuarto del XXI. Nadie tan fiero, pero también tan amistoso. Porque era un inquisidor bienhumorado y en el fondo generoso. Levantaba muchos afectos, más numerosos que los inevitables rechazos, que tampoco rehuía. La labor que ha hecho en la Secretaría Política de S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón y, en especial, en el Servicio de Prensa y Documentación de la Comunión Tradicionalista a través de la Agencia Faro, es difícil de encomiar en sus justos términos. Detrás de la misma hay un trabajo ingente, lleno de discernimiento, un punto tajante y siempre agudo, que resulta difícil pensar cargara sobre los hombros de una sola persona.

Hijo único, le sobrevive su madre, María Josefa, mujer admirable, frágil de apariencia y de fondo diamantino. Que Dios le dé, con el descanso eterno de Luis, el consuelo en esta hora triste. Para mí es difícil escribir estas líneas. Cuatro años más joven que yo, éramos amigos desde hace cuarenta y cinco años. Especialmente hemos vivido codo con codo los últimos veinticinco. Con nadie me he peleado tanto como con él. Y a nadie voy a echar más de menos en esta lucha que hemos de proseguir.

El legitimismo español, a lo largo de su extensa historia de casi dos siglos, ha tenido no pocos nombres de relieve. La lista llega hasta nuestros días con los catedráticos Rafael Gamba, Francisco Elías de Tejada, Francisco Canals o Álvaro d'Ors, desde luego en el campo del pensamiento, pero también a veces de la acción, y más específicamente en éste con José Arturo Márquez de Prado, Alberto Ruiz de Galarreta o José Ramón García Llorente, entre otros muchos.

Luis Infante de Amorín, que acaba de morir a los cincuenta y ocho años de un derrame cerebral en un hospital de Oviedo al que había sido trasladado desde su Gijón natal, es uno de los más destacados de las últimas generaciones. Le adornaban, para empezar, unas cualidades intelectuales extraordinarias. Sabía de todo y de todo tenía juicio. Juicio además decisorio, inapelable. Expresado siempre de manera contundente. Todo para él era doctrinal e indiscutible. No he conocido a nadie con tal capacidad sentenciadora. Luego, en cambio, se abría generosamente el campo de la prudencia, por lo común a través de relaciones personales. Porque, traspasado el umbral de la amistad, lo que pudiera resultar por momentos y en principio irritante se tornaba casi siempre en regocijante. Y es que su carácter era también notable. He evocado en otro obituario, para *La Esperanza*, algo de su peripecia personal. Como el paso por la Legión y por el Seminario estadounidense de la Hermandad de San Pío X le dejaron huella imborrable en el amor a la milicia y el dominio del

inglés. Pero, la cosa, desde luego, no acaba ahí. Empezó estudios distintos que nunca completó. Y acometió empresas diferentes que jamás prosperaron. Vivió así un poco a salto de mata, para preocupación de su admirable madre y con perjuicio de la Causa de la Tradición, a la que consagró su vida. ¡Lo que hubiera podido dar con una posición más desahogada y lucida socialmente! Todo ello acreció su aura de personaje, que desde luego cultivaba con mimo. Era capaz por eso mismo de tratar con gentes de las progenies más diversas, que solían quedar fascinadas. Sólo incomodaba a los obtusos. Y a los rencorosos.

La figura también extraordinaria del escritor Jesús Evaristo Casariego lo cubrió con su sombra protectora cuando Luis Infante era un adolescente. Y se convirtió en su mejor discípulo, de manera que lo ha sido todo en el carlismo asturiano de los últimos cuarenta años. Pero no sólo. Quizá sus mayores servicios hayan sido los prestados, más allá de los lares natales, al lado de Don Sixto Enrique de Borbón. Cuando en muchos flaquearon las adhesiones dinásticas con la traición de Carlos Hugo, Luis Infante supo ver en su hermano, que había levantado la Bandera conminado por José Arturo Márquez de Prado, la continuidad sin discusiones del legitimismo español. En los oscuros años ochenta Luis Infante le visitó con frecuencia en su residencia de París o de Lignières y le acompañó en ocasiones sonadas como las consagraciones episcopales del arzobispo Marcel Lefebvre en 1988. Diez años después convenció al Príncipe de que debía intervenir personalmente de modo directo en la política carlista, lo que dio lugar a la Secretaría Política que encargó al profesor Rafael Gamba. En la misma ocupó una de las dos vicesecretarías, la de organización, y trabajó hasta el día de su muerte con denuedo en la comunicación de la Comunión Tradicionalista, a través de la Agencia Faro, que dirigió con gran profesionalidad y no menor rigor. Dicho medio ha sido seguido con atención incluso por quienes se encontraban en la otra orilla dinástica y en otro hemisferio doctrinal. Sustituirlo será imposible, si no por un equipo de personas que se dividan el trabajo que él podía hacer solo gracias a sus prodigiosas cualidades y a su invencible voluntad.

No tenía la menor simpatía por el universo de la democracia cristiana, heredero de mestizos y pidalinos, como no la tuvieron los carlistas, de Francisco Canals a Rafael Gamba, o los carlistas *secundum quid* como Víctor Pradera, e incluso los tradicionalistas no carlistas como Eugenio Vegas Latapie. Todos zahirieron la doctrina y la táctica de la entidad que Ángel Herrera Oria hizo crecer. Y de un lado le hubiera disgustado que un obituario suyo saliera en *El Debate*. Pero he pensado, sin embargo, que no dejó de apreciar los que José Miguel Santiago Castelo o Ramón Pérez-Maura me publicaron generosamente en el *ABC* de las figuras de muchos de nuestros comunes maestros y amigos, como Rafael Gamba, Pepe Arturo Márquez de Prado, Silvia Baleztena o Alberto

Ruiz de Galarreta... Quizá, por ello, zumbón como era cuando le venía en gana, pueda perdonar este homenaje en la casa de un enemigo que es también el de quien esto escribe.

Miguel AYUSO

AGOSTINO SANFRATELLO (1938-2024)

Quodquod recipitur ad modum recipientis recipitur. De manera que, para hablar de mis recuerdos de Agostino Sanfratello, debo comenzar por referirme al ambiente en el seno del cual lo conocí.

El mundo en que me formé fue el del tradicionalismo español, cuyo eje fue siempre el Carlismo, y en el que la iniciativa cultural más importante desde los años sesenta del siglo pasado fue la Ciudad Católica. Ésta procedía de Francia y había reunido a los carlistas con otros monárquicos de obediencia dinástica liberal pero de doctrina antiliberal, en una paradoja a la que no era ajena Maurras. No tanto la sustancia como la metodología de Maurras.

Aunque en algunos de aquellos años de la transición política producida antes de la muerte del General Franco, pero completada tras ésta, se dieran algunas colaboraciones individuales, el mundo conservador se hallaba en España perfectamente separado del tradicionalismo. Para empezar, tanto el Carlismo como la Ciudad Católica no tenían la menor simpatía por el régimen de Franco, marcado en sus últimos decenios por un liberalismo de corte tecnocrático, después de otros fascizantes. Como tampoco la tenían por sus epígonos, de manera que con Blas Piñar, por ejemplo, la colaboración se reducía a un común combate contra el progresismo religioso. Con Gonzalo Fernández de la Mora, también por ejemplo, las relaciones fueron siempre complejas. Y con Manuel Fraga casi inexistentes. Repárese en que los ejemplos escogidos cubren gran parte del campo del conservadurismo. Piñar era un dirigente de la Acción Católica pacelliana adorador de Franco y de José Antonio Primo de Rivera. Es decir, una mezcla de clericalismo conservador y romanticismo fascista, muy poco interesante desde el punto de vista del pensamiento político. A diferencia de los otros dos nombres mencionados Piñar no fue ministro de Franco. Gonzalo Fernández de la Mora fue un pensador mucho más agudo, pero en buena medida heterodoxo. Consideraba que tras la restauración monárquica liberal y el Concilio Vaticano II el pensamiento tradicional no tenía espacio y que se trataba de relanzar un racionalismo laico de tipo conservador, liberal pero no democrático, esto es, tecnocrático. Fraga, finalmente, hombre de saberes caudalosos pero poco articulados, fue a la larga el políticamente más exitoso. Pero no demasiado. Comprendió que para alcanzar una «mayoría